Girasoles

Adrià Turull Pérez

Image not found.

Capítulo 1

Un dolor agudo en la sien le despertó. Se llevó los dedos a la cabeza y tocó con sumo cuidado. Las yemas de sus dedos sintieron una profunda palpitación rítmica. Parecía como si la cabeza le fuera a estallar en cualquier momento. Con infinita lentitud, se atrevió a intentar incorporarse. Pero apenas levantó un par de centímetros la cabeza del suelo, un dolor lacerante le recorrió la médula e hizo que desistiera, dejando caer nuevamente la cabeza sobre el suelo húmedo.

No recordaba nada de lo que había pasado ni cómo había acabado así. Lo último que su dolorida mente podía evocar era el momento en que alguien de su compañía había bramado como poseído:

—¡Los turanios!

Nada más.

Pasó un tiempo indefinido quieto, como muerto. Pero el dolor persistía, negándole el bálsamo de la muerte. Sus ojos vidriosos contemplaban el cielo. Era un cielo precioso. De un azul intenso salpicado de esponjosas y gruesas nubes blancas como la nieve, sin mácula.

Pero había algo que enmarcaba al cielo. Largos tallos coronados de multitud de pétalos dorados.

"¿Girasoles?", alcanzó a pensar su mente debilitada.

Sin ser ya dueño de su cuerpo, sus dedos se alzaron muy lentamente y se posaron sobre su estómago, aferrando una larga asta de madera que sus ojos no podían ver.

Estaba ya muerto, y sin embargo, los avatares del destino le habían obsequiado con aquellos últimos momentos cuya finalidad nadie tiene clara. Trató de pensar en su familia. Pero nunca había tenía nada semejante. Intentó pensar en las mujeres de su vida. Y a pesar de las docenas de mujeres con las que había yacido, no recordaba el rostro de ninguna de ellas. Esforzó su extenuada mente en rememorar lo que había conseguido en sus ni treinta años cumplidos. Y no recordó más que largas guardias y acatar órdenes absurdas.

Sus ojos se humedecieron, y silenciosas lágrimas descendieron por sus sienes hacia el suelo, llevándose la sangre reseca y la mugre de la batalla.

Al final, solamente quedaba el cielo azul, las nubes y los girasoles.

Nada más.

Las pequeñas y calladas gotas saladas se tornaron en un sollozo ahogado.

Al final, solamente quedaba el cielo azul, las nubes y los girasoles.

Era hermoso.